

“La lucha por sonreír.”

Por M^a del Pilar Morán Villar

Hoy martes de carnaval de 2004, desde la ventana de mi habitación del balneario de Cuntis, veo pasar un grupo de niños que se dirigen hacia el centro de este valle y me llama la atención una de las niñas que van en ese grupo; sus andares y su figura me parecen recordar al verlos mi pasada infancia. Quiero pensar, y es mi deseo, que esa niña tenga una infancia más feliz que la que yo tuve que vivir.

El recuerdo de aquellos duros tiempos por los que tuvimos que pasar mi familia, y concretamente yo, fueron, como digo, muy dolorosos, a pesar de que en mi casa se recibían puntualmente unos cheques enviados por mi tía Raquel. Raquel residía en Caracas, a donde había llegado desde el puerto de Gijón con 16 años. Estos cheques eran recibidos muchas veces por correo ordinario. Cuando llegaban, mi madre se hacía cargo de ellos y empleaba el dinero en obtener algunas cosas para la familia, pero la mayor parte de ello lo empleaba en su propia persona.

Por aquellos tiempos, mi padre había emigrado a Brasil, y durante 12 años no tuvimos noticias suyas. Sin embargo, llegamos a saber que se carteaba con mi abuela Ursula, que era su madre. Ella nunca nos lo dijo y yo no tengo recuerdo alguno de mi padre antes de su ausencia, pues yo contaba entonces con sólo 4 años. Mis hermanas, Paula y Silvia, tenían un año y pocos meses respectivamente. La pequeña, Silvia, lo pasó especialmente mal en la escuela. Los niños, a veces sin malas intenciones, otras con crueldad, le repetían que era huérfana de padre y le decían a coro: “tú no tienes padre, tú no tienes padre”.

A este trato tan cruel, sólo daba respuesta mi hermana Silvia, que les decía muy segura de sí misma, que sí, que tenía padre y que se llamaba Julián; también les decía que nos enviaba todo tipo de regalos que ella no los enseñaba a nadie porque los tenía nuestra madre guardados en un arcón en el desván de nuestra casa.

Sucedió que durante mi decimocuarto cumpleaños, nuestra tía Raquel decidió reclamar a su madre, para que, una vez que ella estuviera en

Caracas, nos reclamase a mi madre y a mí, dejando a mis hermanas en un colegio de Santander. Pero sus intenciones no pudieron cumplirse porque al enterarse de esto mi abuela Ursula, se lo comunicó a mi padre y le sugirió que escribiera una carta a mi madre preguntándole si le admitiría de nuevo en su casa. Mi madre aceptó, porque amaba a su marido a pesar del tiempo que la había tenido abandonada.

Cuando por fin llegó mi padre, las tres hermanas sufrimos una decepción. Con el tiempo habíamos elaborado su aspecto, que no conocíamos, en función de lo que nuestra madre y la gente del pueblo nos describían. Nos decían que era un hombre muy alto, guapo y muy espléndido, y aún siento ahora la desilusión que sentí entonces al comprobar que no era el héroe que mi madre nos había hecho creer, sino un hombre corriente, como tantos otros.

Quiero recordar también a mi tío Lolo, lo mucho que hizo por nuestra familia, quien durante diez años retrasó su boda para poder cuidarnos. Finalmente se casó con Rosa María, con quien tuvo dos hijos.

Unos años más tarde regresó de Caracas mi tía Raquel, para que su primer hijo naciera en el pueblo. Raquel deseaba que nuestra familia dejara Arenas de Cabrales, y tanto insistió que al fin consiguió que nos mudáramos en pleno invierno y fuéramos a vivir a Gijón.

Este viaje fue toda una aventura para nosotras, puesto que viajaba toda la familia en el camión que utilizaba mi padre para trabajar como transportista. Mis hermanas iban en la caja del camión, ya que en la cabina no cabíamos todos, y al llegar a Colunga la Guardia Civil nos paró. Estaba prohibido llevar a más de un pasajero en la cabina, y preguntó qué clase de carga llevaba. Mi padre respondió que eran sus muebles, que se mudaba, y cuando el guardia iba a abrir para comprobarlo, mis hermanas gritaron al unísono:

- “¿Ya estamos en Gijón?”,

Visto lo cual, el agente sacó el talonario. Pero al ver a las dos niñas en la caja, con las pocas pertenencias que poseíamos y la nevada que caía, tuvo un gesto de humanidad y nos permitió seguir.

Nos instalamos en un piso del centro de Gijón. Los muebles no nos sirvieron porque llegaron completamente apolillados, así que tuvimos que comprar todo de nuevo. Un amigo de mi padre nos recomendó un comerciante que nos ofreció todo tipo de facilidades de pago, pero que se quedó todo en agua de borrajas, ya que a los pocos meses, nos exigió el total de la deuda.

Tan pronto como pisamos la ciudad de Gijón, nuestro padre, en vez de mandarnos a la escuela, nos mandó a trabajar. A mi hermana Paula le dieron trabajo en una librería que ocupaba el bajo del edificio en que vivíamos; Silvia se colocó en una fábrica de componentes eléctricos y a mí me cogieron en una academia de corte y confección. Todos los ingresos que obteníamos eran entregados en casa.

Empezamos a recibir en casa extrañas llamadas telefónicas. Si éramos mi madre, mis hermanas o yo las que contestábamos, nadie hablaba. Mi padre nos tomaba el pelo diciendo que quienes llamaban eran nuestros hermanos de Brasil y que cualquier día, él se volvería allí.

Mi padre tenía un carácter muy dominante, nos hacía la vida difícil de soportar. Pero para las personas de fuera, era un personaje encantador.

Cuando tenía 18 años, una tarde de verano me encontraba en la cafetería Tívoli con unas amigas celebrando el final del curso de corte y confección. Descubrí en la barra a un joven moreno y alto, muy bien parecido y le dije a mis amigas que mirasen al mozo de la barra, pero que no lo mirasen mucho porque había decidido al verlo por primera vez que tenía que ser para mí. Una de mis amigas dijo: “¡pero si es mi hermano!; ven y te lo presento”. Pero yo no quise que me lo presentara en aquel momento porque ya sabía que era muy despistado y temía que estando con tantas chicas no se fijara en mí. Así que preferí que me lo presentara estando sola.

Se cumplió mi deseo un día que Oscar se presentó en la academia a recoger a su hermana y se ofreció a llevarme a mi casa. Desde ese día comenzamos nuestro noviazgo que mantuvimos durante tres años. Fueron los mejores

años de mi vida, ya que yo me había enamorado de él la primera vez que le vi.

Desde entonces hasta ahora han transcurrido los años y con ellos llegaron nuestros hijos y luego nuestros nietos que con su presencia llenan toda mi vida.

Todos estos años que he vivido con mi esposo han sido de plena felicidad porque él es además mi compañero y amigo. Siempre está pendiente de mí y de nuestros hijos, y desde hace dos años, de nuestros nietos.

Cuando estaba terminando de escribir acerca de mis recuerdos y mi enfermedad, sonó el teléfono y cuando me puse al habla recibí una agradable sorpresa: la persona que me llamaba era una muy querida amiga. Se trataba de Eloína, una amiga nuestra del año 1982 en que la conocimos mi marido y yo. Fue durante una travesía desde Sotres, donde habíamos dejado nuestro coche, hasta Pandébano, por la ruta que utilizan los montañeros y los pastores. Estos últimos pasan el invierno con el ganado en los puertos.

Esta travesía la emprendimos Oscar y yo solos y la mañana era tan clara y luminosa como se ven pocas veces en la montaña, donde la niebla juega muchas veces malas pasadas a los montañeros.

Llegamos a Pandébano donde pensábamos subir hasta Collado Vallejo, pero no lo hicimos porque encontramos a una pastora con la cual trabamos una conversación. Una mujer, de unos 60 años, estatura media, delgada, bellas facciones y agradable sonrisa. Ella tenía un buen número de vacas pastando en un prado de desigual contorno. Nos recibió con cierta prevención, cosa habitual entre las gentes que viven aisladas, pero fue más grande su deseo de conversación con nosotros que cualquier otro motivo que pudiera pensar.

Con toda la habilidad que tenía, estuvo interesándose por saber quienes éramos y cuando yo le dije que había nacido y vivido en Arenas de Cabrales, ella me preguntó de qué familia era. Le dije que era nieta de

Pepín el de la tienda y ella dijo llamarse Eloína. Dicho esto, ella rompió sus reservas.

Después de comer, la pastora nos invitó a probar su cuajada y nos dijo que no podía darnos a probar el queso que ella elaboraba porque todavía estaban tomando la sal, así que nos llevó hasta el establo donde encerraba las vacas y una vez allí nos señaló las marcas de los tiros que habían disparado los miembros de la brigadilla contra los guerrilleros de maquis que se encontraban en la terrada de la cabaña. Allí, un grupo celebraba la victoria de los aliados y el fin del fascismo alemán con la toma de la ciudad de Berlín. Estaban seguros de que los aliados entrarían en España para liberarla del franquismo, pero desconocían que habían sido traicionados por un compañero que señaló el lugar donde estaban los guerrilleros, que fueron rodeados. Entonces se originó un combate entre los sitiados y los franquistas.

Los disparos fueron escuchados también por Ángel, unos de los hombres de Gregorio que se dirigía a Sotres para recoger víveres, pero al oír los disparos se desplazó hasta un lugar próximo a donde estaban rodeados sus compañeros y desde esta posición favorable comenzó a disparar causando dos bajas entre los sitiadores que abandonaron el lugar en desbandada. Ángel llegó hasta la cabaña y les dijo a los compañeros: “salir, que ya está todo despejado”.

Mientras todo esto pasaba, Eloína estaba escondida detrás de un muro observando a través de un hueco entre las piedras. Cuando Eloína pronunció el nombre de Ángel, su voz, tan segura en todo momento, se quebró, para seguir después tan firme como antes. Yo observé este detalle y sospeché, más por instinto que por razonamiento, que entre Eloína y Ángel tuvo que darse algún acontecimiento.

Nos acompañó hasta Collado Vallejo, desde donde pudimos contemplar el Naranjo de Bulnes en toda su grandeza.

Yo deseaba conocer cosas de la vida de Eloína. Noté que la mujer estaba muy contenta con nuestra compañía y yo aproveché la ocasión para preguntar:

- “¿Eres soltera?”
- “Sí, pero no me han faltado pretendientes; yo no me he querido casar porque ninguno de ellos fue capaz de enamorarme”- , me explicó la mujer.
- “Pienso que tú tienes que haber conocido algún hombre que te gustara entre todos los que te conocieron porque aún eres una mujer muy atractiva”-, le señalé con absoluta seguridad.

Eloína estuvo unos segundos sin articular palabra y después me miró con toda su intensidad y dijo:

- “Tienes razón. Yo estuve muy enamorada de un hombre cuando tenía 17 años, y pese a la situación que nos tocó vivir, él me hizo sentir la mujer más feliz del mundo, pero solamente mantuvimos relaciones durante dos años, porque él era uno de los guerrilleros que operaban en esta zona”.
- “¿Ese hombre era Ángel?”-, le pregunté.
- “Sí, era él.¿Cómo la has sospechado?”-, me preguntó.
- “Por intuición, porque te vi y noté que tu voz se quebraba al pronunciar el nombre de Ángel”.
- “Eres una persona muy observadora, pero aún hoy le amo con todas mis fuerzas a pesar de que sé que...”.- calló Eloína con pesar.
- “¿Está vivo o murió en la lucha?”-, le pregunté.
- “Está vivo; cuando abandonó la guerrilla se embarcó en un barco de pesca que recogió varios combatientes y los trasladó a Francia, donde se estableció y fundó una familia”.
- “¿Y en todos estos años, le has visto?”-, le preguntó Oscar.
- “Sí, le he visto varias veces desde que se permitió volver a los exiliados, hace más de cinco años. Cuando llegó la primera vez era invierno y yo estaba en Sotres. Cuando llamaron a la puerta de mi casa y abrí, le vi con toda la luz del mediodía y pude observar que me parecía el mismo que había conocido en los años cincuenta, porque él siempre se preocupó de mantenerse joven y elegante. También era tan audaz como siempre; entró en mi casa y me cogió

de la mano, me llevó hasta la cocina donde me besó y me abrazó, mientras me decía las mismas palabras que me había dicho cuando éramos novios. Entró en la cocina llevándome de la mano y encontró allí a mi tía Elena. Ángel le dijo: “tía Elena, vete al chigre y cómprame un paquete de tabaco, dile al tendero que lo apunte en mi cuenta”.

Mi tía intentó en vano saludarle y conocer todo lo que le ocurrió, pero Ángel no se lo permitió. La llevó hasta la puerta de la entrada y la abrió; después le dijo: “no te apures por venir”.

Después se acercó a mí y me besó y acarició con toda naturalidad, como si siempre hubiera estado conmigo. Confieso que yo no sabía que actitud tomar, pero no pensé en impedir que me besara y me acariciara, pues estaba deslumbrada porque era el hombre que yo he querido siempre. Él me habló con su voz suave que siempre creí que me acariciaba. Entre besos y caricias me llevó hasta mi dormitorio y allí intentó desnudarme, pero yo se lo impedí, le dije: “Ángel, no sigas, no eres un hombre libre, sé que estas casado”.

“Eso no significa nada porque yo sólo te amo a ti, pero no quiero forzarte y sabré esperar, pero esta noche estaré aquí para darte todo mi amor.”

Ángel pasó quince días en mi casa y durante ese tiempo se comportó como si siempre hubiera estado en mi compañía. Me contó cómo había transcurrido su vida en Francia donde formó una familia con una española de origen asturiano con la que tenía tres hijos que ya estaban casados y tenían dos hijos cada uno de ellos. También me dijo que sus hijos eran funcionarios del Estado y que tenían cargos importantes en la alcaldía de París.

Me interesé por saber cómo era su esposa, pero él me preguntó que si lo que yo deseaba saber era si su mujer era más hermosa que yo, más lista, etc., pero no pude sacarle ni una palabra más.

Cuando se marchó de mi casa me dijo ya en la puerta que el próximo año se jubilaba y que estaría siempre conmigo. Esta fue una despedida agridulce, porque después de tantos años de ausencia por fin me reuniría para el resto de mi vida con el hombre que había amado siempre”.

Al llegar a este punto del relato, Eloína señaló hacia el sendero que llega hasta la cabaña y nos anunció que llegaba Ángel. Miramos en la dirección que nos indicaba y vimos aparecer al fondo del sendero a un jinete que montaba un caballo de gran alzada, negro como la noche. El jinete mantuvo su caballo a trote hasta llegar a nuestro lado; antes de desmontar, nos miró desde la altura con cierta curiosidad. Luego desmontó y llevando el caballo por las bridas, se acercó a Eloína y la besó en la mejilla. Después, se acercó a nosotros y dijo a modo de presentación: “soy Ángel el de Tamargo, para los que gusten”.

Yo me fijé en él y calculé cuando le estrechaba la mano a Oscar, que era cuando menos tan alto como mi marido, que pasa de 1,80 de estatura. Era un hombre todavía guapo. Se quitó la gorra de visera de pana y vi que tenía una abundante melena ya gris por las canas. Me llamó la atención el hecho de que vistiera de pana negra, puesto que hasta su camisa era del mismo tejido. Solamente llevaba dos prendas ajenas a la pana negra: un pañuelo que llevaba atado al cuello de seda negra con lunares blancos, y unas botas de piel vuelta en las que acoplaba espuelas plateadas. Eloína le miraba con adoración mientras Ángel hablaba con nosotros. Durante la conversación consultó su reloj de oro, mientras mi marido dijo:

- “Parece que todo indica como vencedor de las elecciones generales de 1982 al PSOE”.

A lo que Ángel contestó:

- “Me alegro por ti, pero la socialdemocracia no es lo mío”-, señaló Ángel de Tamargo,- “yo siempre lucharé por una sociedad sin clases”.

Estos son los recuerdos más bonitos y que atesoro con más cariño de mi juventud. Es a ellos a los que acudo cuando me encuentro baja de moral o mi enfermedad se acentúa.

Fue durante un verano hace 16 años cuando vi de cerca por primera vez una enferma de Parkinson en Cangas de Onís; se trataba de una anciana que estaba totalmente impedida. La visión de aquella mujer con un estado tan avanzado de la enfermedad me conmovió mucho y entonces yo no pensaba que la enfermedad pudiera alcanzarme a mí. Pero sin esperarlo, esta terrible

enfermedad me llegó a los 46 años. Llegó como siempre llega, sin hacer mucho ruido, y la primera vez que sentí su presencia en mí fue cuando un día me quedé en la calle sin saber tomar el camino de mi casa. Me sentí perdida y gracias a unas personas que me orientaron conseguí llegar hasta mi casa.

Transcurrió un año durante el cual no pasé por aquella calle en la cual me había desorientado por temor a que me ocurriera de nuevo. A pesar de que mi familia me aconsejaba que no volviera por allí, yo fui a la calle en cuestión durante el anochecer, como había sido la vez anterior, y me sucedió lo mismo. Esto me ocurría estando sola; si mi marido o alguno de mis hijos venía conmigo para que no me desorientaba, no.

Este trastorno, afortunadamente, lo he superado, y fue en una conferencia de neurología cuando el ponente en su disertación destacó que este tipo de trastornos se presenta en algunas personas antes de manifestarse la enfermedad de Parkinson.

En mi caso los síntomas de la enfermedad sucedieron de la siguiente forma: lo primero que noté fue que mi pierna derecha golpeaba el suelo con mucha fuerza. Pasado un año, mi brazo derecho se quedó paralizado. La primera vez, cuando me estaba lavando los dientes. Cuando me trataron los neurólogos me diagnosticaron un parkinsonismo y me recetaron unos medicamentos que no me hicieron efecto alguno.

Me costó mucho aceptar la enfermedad, no quería admitir lo que varios médicos me decían y seguía sin notar mejoría. En estas condiciones me pasé más de cuatro años, hasta que alguien me recomendó que me pusiera en manos de un neurólogo de origen cubano que tiene su consulta en una clínica privada de Avilés. Cuando llegué a la consulta, estaban varios pacientes esperando su turno para ser atendidos y entre estos pacientes estaba un anciano al que uno de los presentes le preguntó que dónde había dejado el bastón. El anciano respondió que el doctor había conseguido que con su tratamiento no necesitara el bastón. Todo esto me dio la confianza necesaria para visitar a este nuevo médico, ya que si había conseguido que aquel anciano no usase bastón, algo podría hacer por mí.

Con el tratamiento, este médico ha logrado que mejorase en gran medida los movimientos involuntarios de mi pierna y que recuperase parte de la movilidad de mi brazo. Soy socia fundadora y miembro de la Junta Directiva de la Asociación de Enfermos de Parkinson de mi ciudad. Desde mi situación quiero señalar que mi participación en este 2º Certamen Literario que organiza la Federación de Parkinson me ha servido, cuando menos, para expresar algunos de mis recuerdos familiares y para reafirmarme en seguir colaborando con la Asociación. He querido compartir lo bueno y lo malo de mi enfermedad, al igual que en la vida hay momentos especialmente buenos y especialmente malos; esperemos disfrutar a partir de ahora de sólo buenos momentos.

Pilar Morán Villar
Gijón, Marzo de 2004